

PINTAR

Guillermo Arreola

Tengo una carencia que presiento ya irreparable: no sé decir de lo que me gusta: por ejemplo, de los hermosísimos alacranes azules y dorados que me regaló mi madre siendo yo un niño y que porté como anillos todo el tiempo que estuvieron con vida; de la historia de la recamarera de un hotel que al abrir la puerta de una habitación para hacer la limpieza encontró a veinte gnomos tomados de la mano y llorando; o por lo menos de la mariposa que llegó a mi casa para trazar en las paredes en un solo día su ruta de toda una primavera. Por eso cada vez que entro en la zona de la pintura siento que lo que hago es seguir posponiendo una cita agendada con mis propios labios y que probablemente no habré de cumplir jamás. Empieza así: quisiera decir de lo que me gustaría, pero al instante me arrepiento y aparece entonces en mi horizonte visual algo semejante a un paisaje zumbón, un torrente de colores fundiéndose, el contorno de algún objeto, la probabilidad de lo imposible: la aprehensión de la sombra de una estela de humo, la sombra de una sombra. Surge enseguida la necesidad ineludible de que mis manos viertan sobre una superficie esa especie de teatro embrionario. Esta es la forma en que identifico el principio de pintar. Una vez dentro de la tela o del papel puedo sentir cómo el tiempo más que disolverse se atempera y los materiales —óleos, acrílicos, carboncillo, aguarrás— casi exigieran abandonar su inmovilidad. Mas debo atender a los cuidados que acompañan la exigencia, pues nada raro resulta que, de no hacerlo así, algún color se me revuele. Todo esto es para mí como zambullirse en un mar interno embravecido que conforme lo va alojando a uno se va tornando en pura calma, o en un no pensar. Ya varios artistas han referido esta sensación al estar pintando: no pensar. Y alguno de ellos incluso lo consignó por escrito, pero de manera un tanto

drástica: "I hate to think". Sea como sea, percibo también la actividad de pintar como una posibilidad única de reconocerse las manos, de que el ojo recupere su propio ritmo, y así desyerbar el fulgurante éxtasis del color negro que crece en la quietud del color blanco, al que considero, dicho sea de paso, el color más oscuro de todos los colores. Y bien, no sé decir de lo que me gusta. Tengo que admitirlo y permanecer a la posibilidad de la luz imaginada que me ofrece mi carencia con un techo de dos aguas.

